

ANA GRANDAL

La pérdida

A las nueve en punto el hombre entraba en el bar, se acodaba en la barra y pedía un *whisky* tras otro. Era la viva imagen de la desolación, un hombre acabado, hundido. Nunca conversaba con nadie y a medianoche se marchaba tambaleante. A la jornada siguiente, lo mismo.

El camarero, al fin, se decide a hablarle:

—Disculpe, pero le veo por aquí cada noche y... si necesita desahogarse con alguien...

—Déjeme en paz. Estoy intentando sobrellevar la muerte de mi mujer.

—Perdóneme, le acompaño en el sentimiento.

—¿Pero qué dice, hombre? Mi esposa está estupendamente y goza de excelente salud. Pero cuando pienso en que me va a dejar solo...

Vacía su copa de un trago.

(*Te amo, destríyeme*, Amargord Ediciones, 2015)

ANA GRANDAL

Flores

Es sábado. Esteban sale del supermercado con el carrito a rebosar y se para ante el tenderete de flores apostado junto a la puerta. El primer ramo lo compró nada más entrar a vivir en la casa, para decorar el rústico jarrón de barro áspero que Alicia aprecia tanto. En aquella ocasión, la vendedora le recomendó unas estrelicias; sus flores, pequeñas aves de plumaje revuelto, simbolizan a la pareja que anticipa un futuro lleno de luz. Desde entonces, cada semana el salón explota en colores: blanquísimas y elegantes calas, tan hermosas como su compañera; un arco iris de gerberas, la pura alegría que baila en su risa; gloxinias de grana profunda, un sentimiento de amor que le acompaña desde que la conoció...

«Hoy me voy a llevar...»

Le invade una pereza como plomo que entumece sus músculos, una desgana de amargo sabor en la boca. Se da la vuelta y se va.

Alicia ya ha acabado de colgar la ropa de la colada. Juntos, van colocando los artículos que ha traído Esteban en sus respectivas baldas.

El jarrón espera. Nadie dice nada.

(Hola, te quiero, ya no, adiós, Amargord Ediciones, 2017)

ANA GRANDAL

El ciprés

El ciprés se alza en el patio del claustro desde los tiempos en que se construyó el convento. Por aquel entonces, la madre superiora tuvo un sueño protagonizado por un ejemplar magnífico de esta especie arbórea, que se levantaba enhiesto, poderoso, firme y recio. Le impresionaron tanto esas imágenes oníricas que decidió que aquello era una señal de Dios y mandó plantar el susodicho árbol en el mismo centro de su mundanal retiro.

Algo de razón debía de tener la buena señora: no es raro que, en los sueños de las monjitas, se aparezca el ciprés, surgiendo cual estandarte de vigor, de majestuosa potencia vegetal, cuyo opulento verdor las hace comparecer en maitines con una sonrisa llena de amor.

(Microsexo, Amargord Ediciones, 2019)